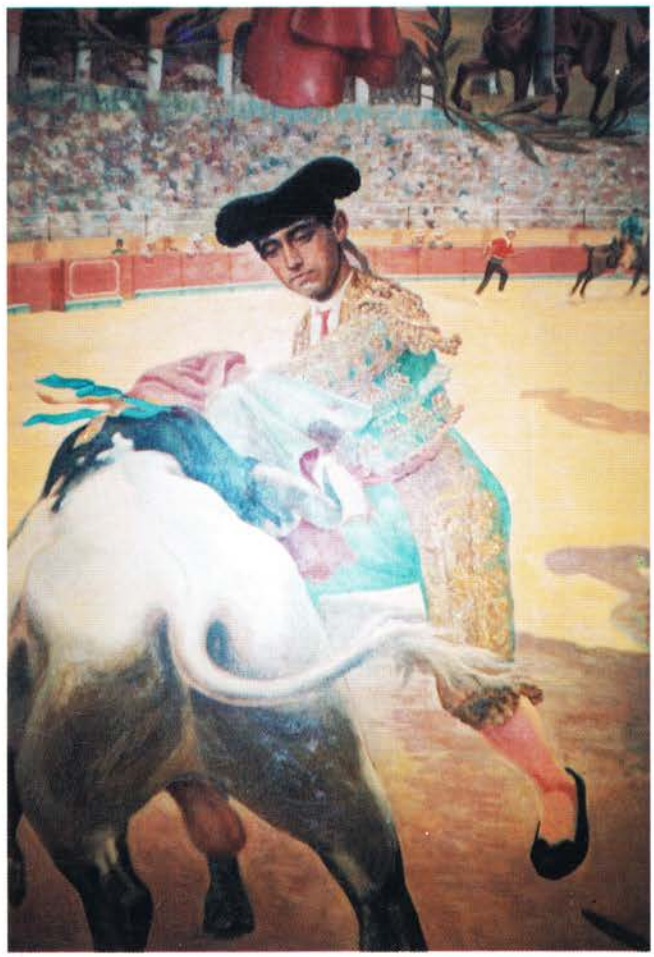
ACCION CULTURAL "MARCOS GARCIA MERCHANTE"

Alcalá del Río

Cuadernos de Temas Ilipenses



DESDE REVERTE A RAMON ALVAREZ

Todo un siglo de leyenda

Nº 12

Julio 1.996

Colección de cuadernos sobre Historia, Arte, Letras, Ciencias y Sociología de la Villa de Alcalá del Río.

Edita: **Acción Cultural Marcos García Merchante.**

Patrocina: **Excmo. Ayuntamiento de Alcalá del Río**

(Delegación de Cultura)

PUBLICACION TRIMESTRAL

Nº 12

Julio, 1996

Desde Reverte a Ramón Alvarez

Todo un siglo de leyenda

Portada:

Reverte toreando capote al brazo Cuadro al óleo realizado por Ildefonso Jiménez. Propiedad de la familia Berro Sánchez

Publica:

Acción Cultural Marcos García Merchante

Patrocina:

Excmo. Ayuntamiento de Alcalá del Río

Plaza de España, 1

Tlf. 565 11 00 - Fax. 565 00 73

41200 - ALCALA DEL RIO (Sevilla)

Imprime:

Gráficas Alcalá S.L.

C/ Fragata, 8 - 41200 Alcalá del Río

Teléfono y Fax: 565 07 07

Pedidos y Suscripciones:

Excmo. Ayuntamiento (Delegación de Cultura)

© Depósito Legal: SE 157-94

Acción Cultural Marcos García Merchante

Suscribiéndote a Cuadernos de Temas Ilipenses, estás colaborando con la investigación y difusión de la cultura de nuestro Alcalá del Río.

NUMEROS PUBLICADOS

Nº.1.- La Carta Puebla de 1.390 de Alcalá del Río. (Octubre, 1993)

Marcos Fernández Gómez

Nº.2.- Parroquia de Ntra. Sra. de la Asunción. (Parte 1ª). (Febrero, 1994)

Nº.3.- Parroquia de Ntra. Sra. de la Asunción. (Parte 2ª). (Abril, 1994)

José Antonio Arteaga Ruiz

Nº4.- Leyendas alcalareñas (I) (Julio, 1994)

Nº 5.- Leyendas alcalareñas (II) (Octubre, 1994)

José Benjamín Domínguez Aguilar

Nº 6.- La Real Capilla del Sr. S. Gregorio de Alcalá del Río. (Guía histórico-artística) (I)

Gregorio García-Baquero López (Enero, 1995)

Nº 7- La Real Capilla del Sr. S. Gregorio de Alcalá del Río. (G. histórico-artística) (II)

Gregorio García-Baquero López (Abril, 1995)

Nº8.- La moneda Ilipense

Mary Carmen Velasco Páez (Julio, 1995)

Nº 9.- Curiosidades de la Historia de Alcalá del Río (S. XVI).

José Antonio Arteaga Ruiz (Octubre, 1995)

Nº 10.- Aspectos demográficos de la población de Alcalá del Río en el siglo XIX

Gregorio García-Baquero López (Enero, 96)

Nº 11.- Suspiros de amor. Alcalá del Río en Primavera. (Abril. 1996)

José Manuel Velasco Augusto

CUADERNOS DE TEMAS ILIPENSES

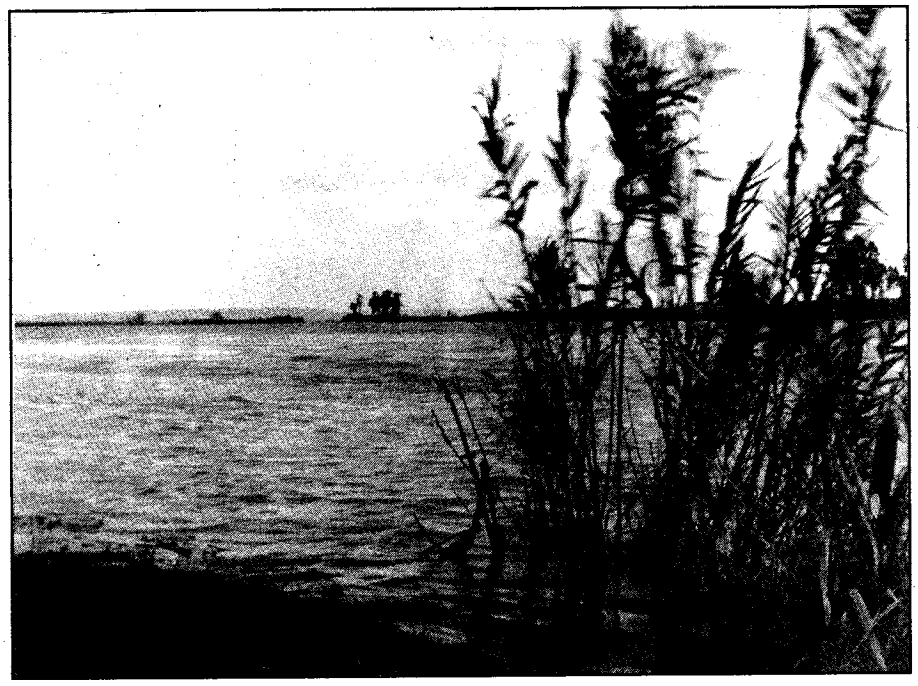
Desde Reverte a Ramón Alvarez
Todo un siglo de leyenda

Acción Cultural Marcos García Merchante

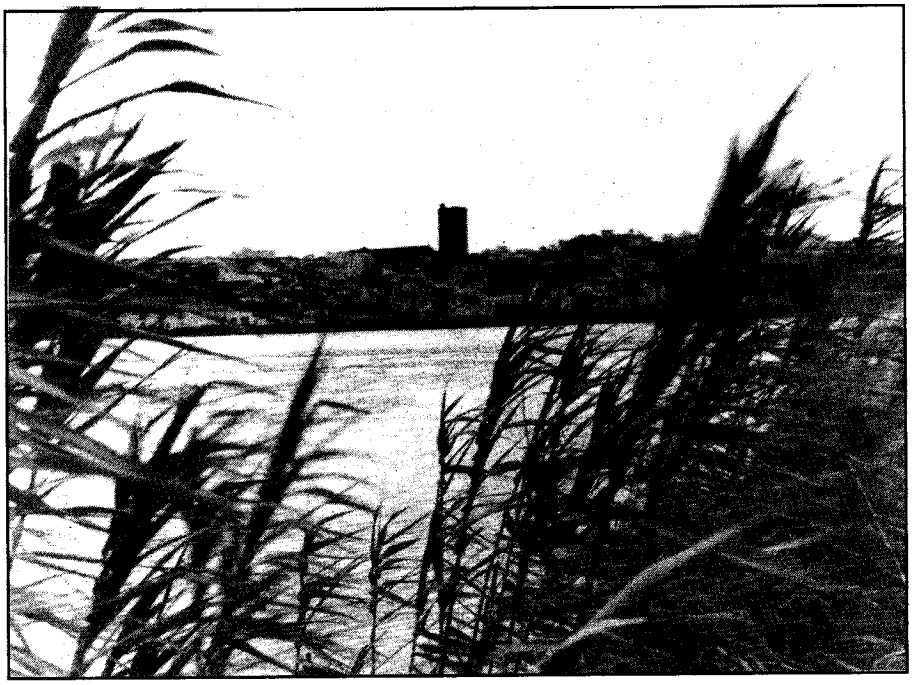
Alcalá del Río

Julio, 1996

Nº 12



El viento del oeste bate las cañas de la ribera dejando ver al fondo, en la orilla derecha, apiñado junto a la torre, el blanco caserío al que las crecidas aguas del Guadalquivir, el año 1964, alcanzan ya sus talones. Abajo: El Guadalquivir discurre extraordinariamente henchido, pasada Alcalá del Río, durante la gran avenida de 1964, dibujando un paisaje de atardecer en el que aún no se adivina el puente nuevo que hoy lo cruza entre la Lastra y la Huerta Menor.



Fotografías realizadas por Ramón Alvarez Velázquez. Alcalá del Río, riada de 1964

DESDE REVERTE A RAMON ALVAREZ

Todo un siglo de leyenda

(En homenaje a Ramón Alvarez)

Presentación

Los aires de leyenda revoloteaban ya a primeros de siglo en la atmósfera siempre limpia y luminosa que cubría Alcalá del Río. La veleta de su torre, los caballetes de tejas que separaban un tejado de otro en las apiñadas casas del Alcázar, la espadaña de San Gregorio o las moreras de los ejidos no sólo recogían los embates del viento solano que venía de la sierra o la fresca y suave marea de las tardes de verano, sino que eran receptivos también a los rumores de la fama, a los ecos de gloria y a las coplas románticas que sólo el aire de la leyenda es capaz de esparcir por el mundo y, a la vez, dejarlos impresos en las páginas de los libros y en la memoria de los pueblos.

Un muchacho alcalareño, simpático y guapetón, había conquistado el corazón de toda España y se paseaba en triunfo por el mundo. Su valentía, su arrojo y sus genialidades no parecían propias de un nacido de mujer. Algo parecía haber en aquel muchacho que no era natural, sino mágico, extraterreno, fuera de lo común. Nadie, en su sano juicio, haría delante de un toro lo que hacía aquel mozalbete alcalareño, salvo que fuera buscando, con toda seguridad, el quedar muerto en aquel mismo instante entre las astas de la fiera. Y Reverte lo hacía y, aunque muchas veces mal herido, salía del percance y, una vez repuesto, lo volvía a hacer una y otra vez.

¿Es que acaso aquel chaval era un loco o un visionario?, se preguntaban algunos. No, es que tiene un pacto de protección con Dios, con la Virgen o con algún santo, respondían otros. Algo así tiene que ser porque si no, no se comprende que nadie haga lo que él hace, aseguraban todos.

Así comenzó el aire de la fama a aventar la leyenda de Reverte. Mientras tanto, en su pueblo, en Alcalá del Río, sus paisanos conocían mejor que nadie las secretas razones y las misteriosas protecciones de las que gozaba el inmortal torero. Sin embargo, en la intimidad del pequeño pueblo el mito no se desmitificó, sino que también tomó cuerpo -si es que los mitos tienen cuerpo- y echó raíces la leyenda de Reverte, aunque aquí por otras razones: su humanidad, su gracia y su generosidad, tan excepcionales y tan poco comunes como su valor y su arrojo delante de los toros.

En este Cuaderno de Temas Ilipenses no vamos a desvelar ni a explicar el motivo ni el contenido de la leyenda. Harían falta muchos cuadernos para ello y, aún así, no llegaríamos a lograr el objetivo plenamente. Con una leyenda así, como la de Reverte, a lo más que se puede llegar -y ya es un logro extraordinario- es a hacer lo que hizo Ramón Alvarez, otro alcalareño que, a fuerza de revivir la propia leyenda, se ha convertido quizás en una pieza más de la misma. Habrá que esperar el dictamen inefable del tiempo y de la Historia para discernir si Reverte y Ramón Alvarez son dos figuras relevantes de Alcalá del Río, una para abrir el siglo y otra para cerrarlo, o son dos personajes que sirven para fijar una sola y única leyenda en el tiempo, coincidiendo con los extremos de esta centuria.

Es en esto, exclusivamente, en lo que nos vamos a detener en el contenido de este cuaderno, pues si toda la colección lleva como título el de Cuadernos de Temas Ilipenses, nada más ilipense ni más apropiado como prototipo del alcalareño auténtico que las figuras de Reverte y de Ramón Alvarez.

El día 15 de diciembre de 1995 se presentaba en Alcalá del Río el libro ***ANTONIO REVERTE. EL ULTIMO TORERO DE LEYENDA***. Una obra extensa, emotiva y exquisitamente documentada de la que era autor, ya a título póstumo, este alcalareño singular que fue Ramón Alvarez Velázquez. El libro, toda una joya editorial por su encuadernación, sus ilustraciones y su impresión; y una magistral obra de arte literario por su ameno y correcto estilo, con el que logra su autor, a la perfección, una excelente combinación de objetividad y sentimientos de simpatía y admiración que, en lugar de contrarrestarse, se acrecientan y complementan mutuamente.

Buena parte de la leyenda revertina queda impresa en el libro y no es necesario repetir aquí. Sin embargo, algunos matices y algunas circunstancias particulares del torero no se registraron en las páginas impresas. Las más de las veces, porque su autor no contó con el documento fidedigno o lo omitió intencionadamente por considerarlo fuera del objetivo de su trabajo, que fue más que nada el de redescubrir la figura mítica del matador de toros.

El libro tenía una finalidad bien clara: redescubrir la figura del matador en base exclusivamente a los documentos publicados y dirigido al gran público, ya fuere español, mejicano o francés. Precisamente por eso, quizás los alcalareños hayan echado en falta que hablase algo más de su pueblo, de sus anécdotas y de sus gentes. Pues precisamente con este Cuaderno lo que pretendemos es satisfacer un poco este deseo.

Por otra parte y por razones lógicas, de lo que apenas se habla en este libro, salvo la obligada nota biográfica de sobrecubierta y la estricta mención en la presentación, es de su autor. Pero Ramón, como ya se ha dicho, forma parte también de la leyenda, como un elemento más de ella.

Parte de esta falta de información sobre el autor se suplió en el acto de presentación de la obra, en el que varias personas, por una razón o por otra, tomaron la palabra. Pero ya sabemos que las palabras se las lleva el viento y un homenaje tan sentido, tan justo y tan extraordinario como el que le tributó su pueblo a este ilustre alcalareño no debe dejarse a merced de que el azar o la frágil memoria humana sean sus únicos depositarios.

Vamos pues, en este Cuaderno de Temas Ilipenses, a recoger sucintamente la información que, sobre Reverte y Ramón Alvarez, puede echarse en falta en el libro y que resulta imprescindible para comprender mejor la leyenda y las motivaciones que su autor tuvo para emprender -y terminar- tan ardua tarea. También vamos a reproducir algunas ilustraciones que, por criterios editoriales, no se incluyeron en la obra.

Hoy por hoy, el recuerdo de la fina personalidad de Ramón y de su obra en pro de su pueblo está en la memoria de todos, pero hay que prever que el paso inexorable del tiempo irá difuminando su figura a los ojos de las nuevas generaciones. Por tal motivo, incluimos también una somera biografía de este gran amigo de todos al que la vida "le hizo un extraño y se le coló de mala manera", como él mismo diría en una ocasión refiriéndose a su enfermedad en términos taurinos.

Junto a esta breve biografía, necesaria para justificar ante las futuras generaciones el por qué una plaza de Alcalá del Río lleva el nombre de Ramón Alvarez Velázquez, insertamos como complemento las palabras que de él se dijeron en su homenaje póstumo con ocasión de la presentación de su libro. Con esta transcripción, aunque breve, al buen lector le será suficiente para entrever la gran personalidad de Ramón, su gran cariño por Alcalá del Río, su generosidad, su profundo sentido de la gratitud y, sobre todo, el afecto de los muchos amigos que aquí dejó tras su prematura partida.

HOMENAJE CON MOTIVO DE LA PRESENTACION DEL LIBRO

Antonio Reverte Jiménez

EL ANTES...

Hacía ya muchos años, casi desde que comenzaron a publicarse las revistas con motivo de las Fiestas de San Gregorio, que Ramón había elegido como tema de sus artículos en ella la figura de Reverte. Al comienzo, como para un artículo que era, se trataba sólo de la búsqueda del dato aislado o de la anécdota. Pero lo que parecía la vida pintoresca de un torero más de la época, se tornó a los ojos de Ramón en la apasionante y excepcional vida de una figura histórica de dimensiones universales.

Apenas Ramón indagó en las publicaciones de la época, lo que fue descubriendo no era la simple vida de un torero más. Estaba allí escrito y por las más prestigiosas plumas de los críticos contemporáneos del matador de toros. Reverte no sólo era un torero excepcional, de esos que hacen época y crean leyendas. Además, por otros muchos motivos, poseía una deslumbrante personalidad humana y estaba rodeado por una aureola de misterio que aún acrecentaba más lo legendario de su nombre. Un nombre que daba a su vez nombre a corbatas, estilo de vestir, petacas, marcas de camisas, título a coplas y obras de teatro,... Y para orgullo nuestro, aquella gran figura de la popularidad había nacido en un pueblecito cercano a Sevilla llamado Alcalá del Río, circunstancia ésta que también era conocida de todos.

Ante este inesperado descubrimiento, porque también es cierto que ni Ramón ni ningún alcalareño de ahora conocíamos verdaderamente la dimensión y la importancia que Reverte tuvo en su época, lo que pretendía ser sólo una serie de artículos de la revista comenzó a ser el texto de uno de estos Cuadernos de Temas Ilipenses. Revistas, periódicos de entonces, diccionarios, crónicas, enciclopedias, etc., continuaron descubriendo nuevos datos, cada cual más sorprendente, y pronto el espacio del cuaderno resultó también insuficiente y se comenzó a pensar en un libro. Y en un libro extenso, lleno de fotografías, de carteles y de documentos.

La tarea que a Ramón se le venía encima, cada vez más árdua y laboriosa, no le restó impulso sino todo lo contrario. Cada vez investigaba más, con más método y más profundidad. ¿Que había que ir a Madrid en busca del historial médico de Reverte, por si estaba aún en la Clínica del Rosario? Pues allí se fue Ramón toda una semana, empleada y a su costa en sacar microfims de las hemerotecas, datos de los archivos y visitar museos.

La documentación recopilada ocupaba ya dos grandes cajas en su archivo particular. Junto a sus apuntes y fotocopias, una buena colección de fotografías, revistas e ilustraciones facilitadas por unos o por otros, junto con notas personales de comentarios y testimonios obtenidos también de quienes aún podían recordar.

Todo estaba preparado para comenzar a redactar las páginas de tan ansiado trabajo. ¿Se publicaría alguna vez? ¿Dispondría el Ayuntamiento de Alcalá del Río de presupuesto como para financiar su edición?. Eso es lo que menos le preocupaba. El iba a comenzar a escribir y luego, se publicara o no, ahí quedaría lo escrito. En el peor de los casos -y así lo dejó escrito más tarde en una nota- se contentaba con que se sacaran fotocopias de su trabajo y repartirlas entre los amigos que quisieran conservarlas.

Y sonó el clarín de la hora. La hora que nadie esperaba pero que se presentó de forma inexorable y sin remedio posible. Aquel clarín que sonó un día de septiembre de 1994 no fue el que dio comienzo, como el de un cambio

de tercio, a una faena de gloria en la que Ramón saliese triunfante y sonriente por la Puerta Grande, como bien merecía que hubiese sido, por cuanto la faena de su trabajo es faena de orejas y rabo. Aquel clarín anunciaba lo peor.

Un ligero síntoma y el fatal diagnóstico: tumor cerebral. Una operación a vida o muerte. No se aseguraba el resultado, aunque, en el mejor de los casos, ya las cosas no serían igual.

Cualquiera, en su caso, hubiese tirado la toalla. ¿Para qué escribir? ¿Para qué molestarse en nada?. Pero Ramón no era una persona cualquiera. Se le había colado el toro de mala manera y ya la vida no le permitía pensar en dar la vuelta al ruedo con sus triunfos. En todo caso, sería una media vuelta, en brazos de la cuadrilla a través del callejón, buscando el camino más corto hacia la enfermería. Pero mientras hay vida hay esperanza y mientras late un corazón hay sitio para la ilusión. Los toros no se echan al corral hasta que no suena el tercer aviso y a él aún le quedaban unos escasos pero largos minutos.

Tras la primera operación, se dedicó sin descanso a ordenar sus papeles y a redactar el primer borrador de su trabajo. Llegaría hasta donde pudiese. Al menos, algo de todo lo que había descubierto en sus investigaciones quedaría registrado para la posteridad.

En junio de 1995 sonó el segundo aviso. Una segunda operación. Esta con más riesgo. A la desesperada. Mientras salía para el quirófano, en su casa quedaba una nota con un encargo para uno de sus peones de confianza: si no volvía, pasar a limpio sus notas y regalar sus copias a sus amigos que estuviesen interesados.

Pero era sólo el segundo. Aún había un plazo más. Volvió del hospital y, como pudo, se puso a terminar personalmente la redacción definitiva de su libro, capítulo a capítulo. Hasta el último. En agosto, ponía la última palabra del texto que todos conocemos.

A partir de entonces, comenzó a intervenir la cuadrilla. Una cuadrilla de amigos que, por todos los medios, intentó que Ramón viese publicado su libro antes de cruzar la Puerta Grande de la Gloria.

Mientras Juan Pablo Pérez Romero y Urbano Velasco Cabeza hacían las gestiones con una editorial para la publicación, José Benjamín Domínguez Aguilar tramitaba en la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía el registro de la obra para garantizarle a Ramón los derechos de autor. Por otra parte, Gregorio García-Baquero López e Ignacio Montaño Jiménez hacían gestiones por otro lado.

Todo eran prisas. Se quería que Ramón llegase a tener en sus manos el libro por el que tanto había trabajado. Era una carrera contra reloj. Al fin, se pudo conseguir que pudiese ver el original con el sello del Registro de Autores. Fue a todo lo que le dio tiempo.

El 29 de septiembre de 1995, mientras el río dialogaba con las campanas de la torre mudéjar alcalareña como hace todas las mañanas, las puertas de nuestra Grande y a la vez pequeña Historia se abrían para él.

... Y EL DESPUES

En aquellos días, el despacho de abogado de Juan Pérez Romero o su casa particular fueron los puntos de reunión y donde se celebraron las entrevistas con el editor. No había tiempo de gestionar subvenciones ni patrocinadores para la obra. Tampoco cabía esperar una respuesta rápida por parte del Ayuntamiento, que para estas cosas los ayuntamientos son siempre lentos. Todo el riesgo había de correrlo la empresa editora si queríamos que se editara el libro de Reverte en el menor plazo posible.

El editor estaba por la labor, aunque temeroso del riesgo económico, pues desde primera hora se pensó en un libro de lujo y no en una edición barata. Ni Reverte ni Ramón ni los alcalareños se merecían menos. El presupuesto hablaba de millones de pesetas.

Por fin, -gracias también a la hospitalidad de Juan y a un café servido a tiempo- el editor aceptó la última y única posible oferta: el pueblo de Alcalá del Río, representado por su Ayuntamiento y aquel grupo de amigos de Ramón (Gregorio García-Baquero, Ignacio Montaño, Urbano Velasco, José Benjamín Domínguez y el anfitrión Juan Pablo Pérez Romero), junto con el Alcalde Juan Carlos Velasco, asumían la responsabilidad de vender cuatrocientos ejemplares de la obra sin comisión ni beneficio alguno.

Y la imprenta se puso por fin a funcionar. Por aquellos días, justo es también mencionar la positiva y generosa disposición de Antonio García-Baquero González, ofreciendo en su casa todo el material gráfico de que disponía para ilustrar el libro.

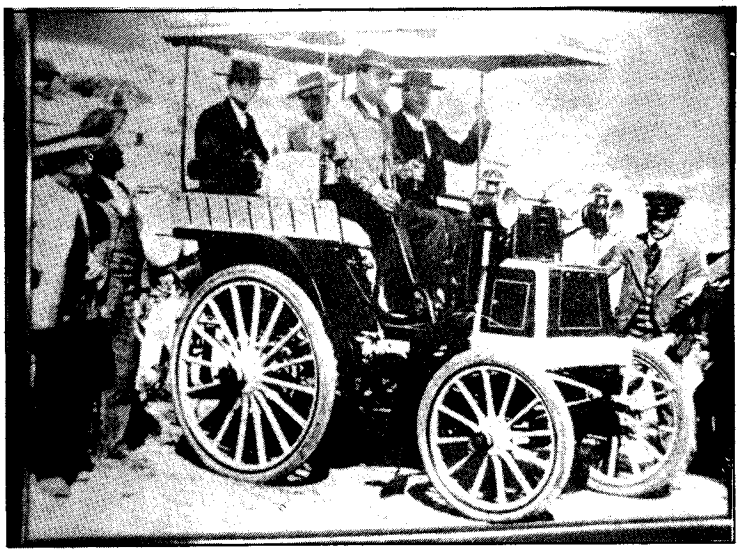
Y el libro vio la luz.

Ahora, sólo quedaba un último paso, que era presentarlo en un acto multitudinario acorde con la causa, que al mismo tiempo fuera un acto de homenaje y gratitud a Ramón por su memorable gesto.

Tenía que ser un acto solemne, como corresponde y requiere la presentación de un gran libro. Y como era también un acto de homenaje a Ramón, que tantos amigos dejaba en Alcalá, tenía que ser también un acto multitudinario. Hacía falta un local grande, con una buena

puesta en escena. Con una buena cobertura informativa en los medios de comunicación y, aunque la ausencia del autor ensombrecía a todos en su alegría, tenía que terminar también como terminaban estos actos: con una invitación a los asistentes.

El Ayuntamiento de Alcalá del Río hizo suya la responsabilidad de llevarlo todo a cabo. A través del Concejal de Cultura -José López Velázquez- y del Alcalde se consiguieron adhesiones y patrocinadores para los gastos del acto. El propietario del Salón Alcalá lo ofreció desinteresadamente y diversos establecimientos alcalareños patrocinaron el ágape. La editorial corrió con la impresión de las lujosas invitaciones que se distribuyeron por todo Alcalá y Manolo Velasco ofreció su equipo de megafonía.



Reverte conduciendo uno de sus automóviles.

En aquellos días previos al 15 de diciembre de 1995, fecha elegida para la presentación, Francisco Sosa (Director Gerente de Ediciones Giralda S.L) y José Benjamín Domínguez se recorrieron las emisoras y periódicos de Sevilla difundiendo el acto y la obra. Por su parte, Ignacio Montaño conseguía que el Grupo Cruzcampo patrocinara parte del acto.

Y llegó el día 15. En medio del salón se preparó un estrado adornado con las banderas de España, Andalucía y Alcalá del Río a un lado. En el centro un tapiz con el escudo alcalareño y al otro lado un cuadro de gran tamaño ofrecido por los hermanos Berro. Este cuadro, reproducción de un original contemporáneo de Reverte, recoge a éste dando uno de sus famosos quiebros capote al brazo.

Y llegó el día 15, seis sillas, que luego fueron ocupadas por los intervinientes excepto una, que permaneció vacía todo el acto en memoria del autor ausente. En el salón, unas cuatrocientas sillas para el público y, al fondo un mostrador con los libros para su venta, una vez terminase el acto de presentación. En un principio se pensó en una extensa ronda de intervenciones a cargo de todas las personalidades y representantes de la vida alcalareña (amigos, peñas, hermandades, asociaciones, etc.). Luego se decidió que sólo interviniesen representantes de las entidades más directamente vinculadas a la obra.

Aunque el día se presentó lluvioso y frío, la asistencia fue masiva: lo que se dice todo el Alcalá del Río que se precia de serlo estaba allí. Se ocuparon todas las sillas y quedaron muchas personas de pie. Entre el público, muchas caras desconocidas para nosotros, pues se trataba de médicos y amigos de Ramón llegados desde Sevilla.

A la hora señalada, comenzó el acto.

Intervino primeramente **José Benjamín Domínguez Aguilar**, por su condición de Presidente de la Acción Cultural Marcos García Merchante, de la que Ramón Alvarez había sido Vicepresidente hasta su muerte. Estas fueron sus palabras:

Amigo Ramón:

Te hablo directamente porque, aunque no te vemos, sé que estás presente y que me escuchas.

Desde que hace 10 años comenzaste a investigar, yo estaba seguro que este momento de la presentación de tu libro llegaría. Lo que nunca me pude imaginar es que, cuando este momento llegara, tu silla iba a estar vacía. Dios, seguramente, tenía pensada mejor presidencia para ti que la que nosotros pudiéramos ofrecerte.

En cambio tú, nunca creíste que tu libro llegaría a publicarse, y no porque no lo mereciera, sino porque difícilmente el Ayuntamiento y la A. C. Marcos García Merchante reunirían el dinero suficiente para su edición. Te conformabas con sacar fotocopias y repartirlas entre tus amigos y los aficionados a las cosas de tu pueblo. ¡Cuántas copias habrías tenido que hacer!.

Pero llegó el momento y aquí estamos, reunidos en homenaje a ti y a tu memoria.

Aquí están todos, por simpatía hacia ti, por tu hombría de bien, por tu amistad...

En estos casos, cuando se da un homenaje a un paisano, se suele comenzar con el tópico de que, por ser

conocido de todos, el homenajeado no necesita presentación.

Pero tú sí que la necesitas. Ya sé que todos te conocen y con todos hablabas, que todos leían tus artículos y que todos escucharon tus pregones..., pero hay cualidades y méritos en ti que sólo llegamos a conocer los que tuvimos el privilegio de tu amistad más cercana. Y bueno es que ahora lo conozcan también ellos.

Están aquí por amistad y por simpatía, pero aún no saben que todo homenaje y toda admiración y gratitud que te ofrezcamos será poco para lo que te mereces. Para que todos lo sepan, y para que tomen ejemplo los jóvenes de Alcalá del Río, yo quisiera esta noche desvelar algunas de tus cualidades, quizás las que más te caracterizaban. Y sobre todo, el auténtico valor de tu gesto.

Cuando somos niños, poseemos unas virtudes y unas cualidades que luego, a lo largo de la vida, se van perdiendo. Los niños suelen ser sinceros, sin dobleces, desprendidos, carentes de maldad, desinteresados, buenos camaradas y, sobre todo, soñadores con metas imposibles y con una gran capacidad de ilusión por todo lo nuevo.

Luego, al envejecer, nos tornamos en personas reservonas, competitivos frente a los demás, algo mezquinos e interesados, incapaces de hacer nada como no haya un beneficio de por medio. Y para desgracia, se pierde un poco la capacidad de ilusión y de interés por las cosas nobles.

Pero tú fuiste una excepción, digna de ser proclamada para que te imiten los que aún no han perdido las virtudes de la niñez. Tú, a pesar de haber llegado a adulto, a pesar de haber madurado y de haber alcanzado una recia personalidad, como bien nos has demostrado con el talante con el que afrontaste tu enfermedad y tu muerte, tú, a pesar de ello, supiste conservar las virtudes y las cualidades del niño que siempre fuiste.

Tu transparencia, tu sentido del humor, tu cordialidad y tu alto sentido de la amistad te acompañaron hasta tus últimos días entre nosotros.

Tu capacidad de ilusionarte con cualquier cosa y de soñar con metas imposibles nunca la perdiste. Con ilusión fuiste el primer capataz alcalareño de una cuadrilla de costaleros en el Buen Fin; con ilusión te metiste en la Acción Cultura Marcos García Merchante y sus publicaciones; con una ilusión que arrastraba a todos empezaste con los pregones, con los recitales flamencos y con la Cabalgata de Reyes Magos...

Cualquier pequeño acontecimiento que tuviese relación con Alcalá lo esperabas con la misma ilusión que un niño espera la mañana del día de Reyes. Recuerdo que en una ocasión me hiciste en broma esta confidencia:

- "Ya he sido padre, he sido capataz de un paso, he sido Rey Mago y he sido pregonero. Si algún día llego a ser Hermano Mayor, habré logrado ser todas las cosas importantes que se puede ser en la vida".

Verdaderamente, no dijiste ninguna tontería.

Pero, Ramón, tú no eras sólo ilusión, tú eras, sobre todo, entrega y generosidad. Tú fuiste siempre un alcalareño enamorado de tu tierra y de tus gentes, a quienes, a pesar muchas veces del desinterés de algunos y la ingratitud de otros, le diste lo mejor que había en ti, sin reservas y sin miramientos. Tu libro es una buena muestra de ello.

Este libro tuyo que hoy sale a la luz, es tu legado a favor de Alcalá del Río y sus futuras generaciones. Sin duda uno de los mejores regalos que habrá recibido tu pueblo en muchos años. Y ya comprenderán lo que digo quienes me escuchan cuando lo hayan leído.

Muchos se preguntarán que por qué te metiste en ello y dedicaste los diez últimos años de tu vida a investigar y recopilar datos y fotografías de un torero que murió hace más de 90 años. Y todo ello sin perspectivas de ganar una peseta.

Yo sé el por qué.

Un día, buscando datos de Reverte para un artículo de nuestras revistas, comenzaste a descubrir que Reverte no fue sólo un torero famoso. Tu curiosidad te hizo saber que el verdadero Reverte no era sólo el Reverte que conocíamos del cisquero de la plaza y el Gordo Chacón. Reverte fue además un personaje universal y extraordinario que hizo famoso a nuestro pueblo, rodeado de duendes y secretos misterios que justifican su fama y el mito.

Luego caíste en la cuenta de que en su lápida Alcalá del Río escribió un día:

DUERME QUE LLORANDO ESTA
TU PUEBLO DE SENTIMIENTO
EL QUE NUNCA OLVIDARA
CON NOBLE AGRADECIMIENTO
TU PROTECCION Y BONDAD.

Esta inscripción contiene una identificación y una promesa. Te diste cuenta que en ella se dice:

"Duerme que llorando está tu pueblo de sentimiento..." No dice "...que llorando está tu familia, ni tus amigos, ni tus aficionados, ni tus beneficiarios... ni ningún otro grupo definido de personas". La lápida dice TU PUEBLO, y su pueblo no es otro que Alcalá del Río

entero, sin distinción ni partidismos. ALCALA somos tú y yo y todos los que con orgullo decimos que somos alcalareños.

Y también hay una promesa:

"El que nunca olvidará, con noble agradecimiento, tu protección y bondad".

Y sé que aquello te dolía. Temías que ALCALA, todos nosotros, llegásemos a incumplir esta promesa. Podía suceder que Alcalá se convirtiera en un pueblo olvidadizo y desagradecido y esto era algo que no iba contigo.

Y por eso te lanzaste a investigar y a escribir. Para evitar que ALCALA dejara de identificarse con ese PUEBLO y olvidara su deuda de gratitud. Y también para que los alcalareños de ahora y de siempre se sintieran orgullosos de serlo, como aquellos que escribieron hace 90 años este epitafio.

En esta noche en la que tus paisanos se reúnen en torno a tu recuerdo, yo quisiera explicarles algo que aún no saben y también algo que no llegarán a entender ni a comprender hasta que no lean tu libro y se hayan emocionado con él.

Para que sepan valorar tu esfuerzo, lo primero que deberían saber es cómo llegaste a terminarlo.

Tras diez años de investigación, de búsqueda de fotografías y revistas de la época; tras diez años de rastrear todas las hemerotecas donde había periódicos antiguos... y tras diez años de viajes a Madrid, incluidas visitas al Sanatorio del Rosario en busca del historial médico de Reverte, ...al fin te pusiste a redactar el texto definitivo, fruto de todo su trabajo.

Sé lo mucho que te costó reunir todos los datos, pero también ésto te proporcionó alguna que otra satisfacción, como la de aquella monja del Sanatorio, anécdota de la que fui confidente y que ahora contaré a todos:

Ramón se personó un día en el Sanatorio del Rosario, en Madrid, para investigar en sus archivos los partes médicos del torero. Al llegar, le sale al paso una monja y le pregunta:

- ¿Qué desea usted?

- Hermana, soy médico y vengo a interesarme por un paciente -le respondió Ramón con toda naturalidad-.

- ¿Sabe usted el número de la habitación donde está?

- Estuvo en la habitación 12, pero ya no está, murió en el año 1903.

La pobre monjita puso la cara de sorpresa que ya ustedes se pueden imaginar, pero Ramón, sonriendo, le sacó de su asombro.

- Hermana, vengo a ver, si aún lo conservan, el historial de Antonio Reverte.

- Ah, sí, el torero aquel tan famoso...-replicó ya tranquila la monjita, con la soltura y el conocimiento de un buen crítico taurino-.

Ni que decir tiene que la monjita y Ramón se hicieron la mar de amigos, hablaron largo rato y Ramón se volvió sin poder ver el historial, por haber desaparecido a causa de un incendio durante la guerra, pero satisfecho de que una monjita, que en su vida había ido a los toros, nada más mencionarle el nombre de Reverte ya sabía que había sido un gran torero, conocía su fama y muchas más cosas de su vida que la mayoría de las gentes de Alcalá.

Pero volviendo al hilo del relato. Cuando apenas habían salido los primeros capítulos, llegó la terrible noticia, el fatídico diagnóstico y la arriesgada operación. Tú mismo lo describías con torerísimas palabras en una nota: El toro se te había colado de mala manera.

De las resultas de aquello todos han sido testigos.

Como pudiste fuiste terminando capítulos. Temiendo que no te diera tiempo a terminarlo, me encargaste en aquella nota que si eso pasaba, te lo terminara para que toda la información reunida no resultara estéril.

Pero no hizo falta. El penúltimo, el capítulo de México, lo comenzaste a escribir con un solo dedo... hasta que te fue imposible manejar el ordenador. El último capítulo, por fin, al no poder escribir, me lo fuiste dictando hasta la última palabra. Esto fue en el mes de agosto.

Habías ya dado todo lo que tenías. Imposible dar más.

Te fuiste con la satisfacción de ver terminada tu obra y registrada. Lo que no pudiste ver fue tu libro editado, aunque mucha prisa nos dimos por si ello era posible. Pero no lo fue.

Apenas terminada de dictar la última palabra, Ignacio Montaño, Juan Pablo Pérez Romero, Urbano Velasco, Gregorio García Baquero y yo nos pusimos en contacto con la editorial y agilizamos todo lo que pudimos su publicación. Hoy, por fin, podemos decir que, por nuestra parte, la misión está cumplida. Ahora sólo queda que Alcalá responda como te mereces y reconozca el gran valor de tu esfuerzo y entrega. Un gesto como el tuyo no puede tener otra respuesta que el que en cada casa de Alcalá haya un libro y que sea leído por todos los de la casa, que de este libro se haga la primera elección para regalos de empresa, de compromisos y de reyes que la edición quede pronto agotada.

Curiosas fotocomposiciones artísticas de Reverte (arriba) y de su sobrino Manolo (abajo).

Pero es posible, y lógico, que quede en el aire algo que muchos no alcanzarán todavía a comprender: ¿Por qué Ramón dedicó diez años de su vida a revivir la figura de Reverte?. ¿Tan importante es todavía, después de más de noventa años de su muerte?.

Esta pregunta, lógica y natural en todo caso, no se la puedo contestar a ellos ahora. La respuesta, la verdadera respuesta, la diste tú y está en el libro. Sólo leyendo el libro se puede comprender el por qué, entre la vida y la muerte, hasta tu último aliento, lo empleaste en que Alcalá del Río dispusiera de un trabajo como el que tú nos dejas.

La clave es que lo que cuentas no es la historia de una persona determinada, sino la historia de una manera de ser y de afrontar la vida. Si Reverte hubiese muerto hace mil años o sólo siete días, tu libro seguiría teniendo el mismo interés y la misma actualidad. El valor, la simpatía, la genialidad y la hombría de bien son valores permanentes que no pasan con el tiempo.

Ahora Goro, a quien junto a tu amigo Rafael Romero entre otros dedicaste el libro, hablará sobre él. Yo voy a terminar, pero antes de hacerlo, con tu permiso, voy a leer unas líneas de aquella nota que me dejaste cuando ibas por segunda vez al quirófano:

"... sólo me queda despedirme de ti, y lo hago con lágrimas en los ojos, pero nuestra buena fe de hacer algo por nuestra Alcalá no nos la quita nadie"

Efectivamente. Nadie te puede quitar ya tu buena fe, como nadie te puede quitar tampoco la gloria de haber asumido sobre tus espaldas la responsabilidad de la gratitud de todo tu pueblo con uno de sus más universales hijos, cuya gloria e inmortalidad ahora tú compartes con él.

A partir de mañana, paquetes de libros comenzarán a salir para Francia, Méjico, Portugal y para todas las librerías de España. Con ellos irá tu nombre y también, en cada uno de ellos, irá la gratitud de tu pueblo.

Ramón, en nombre de Alcalá del Río, te doy las gracias. Y te las doy con unas palabras muy alcalareñas y muy tuyas: GRACIAS, HERMANO.

Seguidamente intervino **Gregorio García-Baquero López** por un doble motivo: era el representante de la familia Reverte y, al mismo tiempo, una de las personas a las que Ramón había dedicado su obra. He aquí el contenido de su exposición:

Ramón era un completo enamorado de Alcalá del Río. De su gente, de su historia, sus costumbres y sus tradiciones.

No concebía que una persona, siendo alcalareña, no frecuentase Alcalá -en caso de no vivir aquí-, y no se prodigara con su presencia. Y no exclusivamente durante sus fiestas mayores, sino en cualquier otro momento del año.

Ramón siempre supo alternar su estancia entre Alcalá del Río y Sevilla. Aquí pasó su infancia, en casa de su tía

María, su otra madre. Ramón ha tenido siempre dos madres. Y aquí hizo sus primeros amigos: Juan Pablo Pérez, Francisco Velázquez, Manolo y Antonio Rey, Manolo el de Candelaria, Rafael Arteaga, Benjamín, Félix, etc., etc., cuyo afecto recíproco conservó siempre.

Aquí conoció a Mari Carmen, se casó con ella y Dios los bendijo dándoles dos hijos extraordinarios, que, al igual que su padre, se han impregnado de Alcalá del Río y son respetuosos con su historia y sus tradiciones. Dichosa la rama que al tronco sale. Si sus inclinaciones hacia la Historia de nuestro pueblo van en aumento, como así lo espero, no les faltará el consejo o la ayuda que por nuestra parte podamos ofrecerles.

Ha sido esa pasión de Ramón por Alcalá del Río lo que hoy nos ha convocado a todos aquí.

Ramón, con una larga zambullida por la historia reciente de Alcalá se ha remontado hasta la orilla del siglo XX en sus inicios para traer hasta nosotros, a las orillas del inicio del siglo XXI, el recuerdo vivo de aquel universal paisano nuestro que justamente hace ahora un siglo se encontraba en la cresta de la ola de la fama y cosechaba sus mejores éxitos: Antonio Reverte.

Dos nombres, erre que erre, Ramón y Reverte, cada uno en un extremo del siglo XX y una barca para cruzar el mar del tiempo: Alcalá del Río. La Historia de Alcalá del Río.

Pero, ¿por qué Ramón?, ¿por qué Reverte?

Voy a intentar explicarlo.

Siempre gustó Ramón de sentarse con la gente mayor del pueblo y escuchar de sus labios historias reales o novelescas de la pequeña sociedad alcalareña de otros tiempos, con palabras sencillas, con las que la gente sencilla sabe expresarse.

La figura de Reverte no sólo no había sucumbido al olvido, sino que siempre se había mantenido viva en el recuerdo, en la memoria de personas que le habían conocido personalmente y que aún estaban vivas en los años 50 y 60. O había conocido a otros hombres de su cuadrilla, como su sobrino Manolo, o "el Gordo", o su apoderado José Blanca.

Por otra parte, la casa del diestro seguía abierta y en ella vivió durante su larga vida su hermana Aurora, y luego la hija de ésta Consuelo García-Baquero Reverte, con la que se extingue ya definitivamente este apellido en nuestro pueblo.

Consuelo cuidó la casa y los objetos personales de Reverte como si fuese un museo. El Museo local de Tauromaquia que podía haber sido.

Sí, la memoria de Reverte había logrado sobrevivir al paso del tiempo y se cernía sobre Alcalá excitando la fantasía y la curiosidad de los jóvenes.

Ramón, como tantos otros jóvenes de Alcalá del Río, quedó pronto atrapado por la admiración hacia el legendario héroe y sucumbió a la curiosidad. Leyó con pasión cuanto el azar ponía en sus manos referente al afamado diestro y conocía bien la casa del torero: los cuadros al óleo, el retrato capote al brazo, los cuadros de los toros que había matado, las cabezas astadas que colgaban de las paredes, las viejas fotografías, la chaquetilla del maestro, etc. Objetos hoy dispersos, cuando no definitivamente perdidos. Cuánto echamos en falta la Casa Museo local que vele por las cosas relevantes de Alcalá del Río.

Ramón era también la persona indicada para hacer el estudio sereno y objetivo de aquel artista universal alcalareño, pues contaba con juventud y entusiasmo. Y era, al mismo tiempo, una persona bien preparada y formada, doctor en Medicina y poseedor de una amplia cultura, fruto de sus muchas lecturas y de su mentalidad siempre abierta al nuevo saber, por alto o humilde que este fuese.

A su espíritu científico deseoso de investigación, añadiría también tiempo libre y posibilidades de desplazarse e investigar.

Poco a poco Ramón emprende la tarea de recomponer la imagen real del héroe, sin caer en la sublimación del mito.

Recoge trozos dispersos en libros, diarios de la época y posteriores, revistas taurinas, etc., y los va uniendo con su pluma, dotándolos de sabia de vida, de la vida mental e imaginaria que dan las letras y las palabras de un libro.

En efecto, la lectura del libro absorbe de tal manera que hay momentos en los que el lector se mete tan de lleno en la vida del personaje que llega a olvidarse de sí mismo y traspasa las barreras del tiempo para sentir como suya aquella actualidad.

Ramón era consciente de que las palabras que no se escriben, o que no quedan registradas en un soporte sólido, se fugan y desaparecen, como huyen del fuego las pavesas cuando el viento las arrastra y dispersa.

Cierto, por eso Ramón fue fundiendo el contenido de su libro en el mejor crisol, el crisol del sentimiento y el afecto, y cinceló cada palabra de aquel con golpes de fragua y martillo.

Tal es así que lo que fue concebido en un principio como un tema más de los Cuadernos Ilipenses, se ha

Encarnación Osuna Noguera, la joven y bella viuda de Antonio Reverte

trocado felizmente, gracias a la gentileza de la Editorial Giralda, la mediación de Urbano Velasco Cabeza y el tesón de un grupo de amigos íntimos de Ramón, entre ellos: Juan Pablo Pérez Romero, Ignacio Montaño y un servidor, con Benjamín al frente, pues a éste dejó Ramón como albacea testamentario de su obra; aquel tema, como digo, se ha trocado en el magnífico y soberbio libro que ahora tenemos en nuestras manos y del que a continuación les hablará Francisco Sousa como editor del mismo.

Reverte. ¿Por qué Reverte?

Sencillamente, porque Reverte es el héroe, entronizado en su imaginación desde que Ramón era niño.

- Es un héroe joven, que muere también joven, a la edad de 35 años. Su vida transcurre en un marco muy breve de tiempo. Pasa por la vida como un cometa y esa velocidad y esa chispa encandilan y atraen.

- Es un héroe que nace de la nada. Su padre gañán de un cortijo. Un héroe que se crece ante la humillación y se revuelve contra su destino, decidiendo valientemente trocar la marcha de éste y hacer cambiar en su favor la suerte.

- En efecto, el tesón y la fuerza de voluntad de Reverte le hacen cambiar el curso de las cosas. Redimir su condición y elevarse. El sueño dorado de todo adolescente.

Reverte alcanza el triunfo, el éxito, la fama y la riqueza en un brevísimo período de tiempo, cuestión sólo de diez años.

- Es también el héroe que goza del favor de las mujeres y que cada tarde de toros enardece al público femenino.

El secreto de su atractivo entre aquellas se cifra en dos rasgos de nuestro héroe: juventud y valor. Mucho valor ante las fieras. (Al decir fieras me estoy refiriendo a las reses bravas).

"No te tires, Reverte", le cantaban las mocitas, "vente conmigo", le solicitaban.

Orgullo, valor y exigencia fueron constantes en su vida.

- Reverte conoció el amor novelesco y pasional. El amor de Paola del Monte (un capítulo bellísimo del libro, además de serlo también en la vida del diestro), y el amor conyugal, el de su esposa Dª Encarnación Osuna Noguera.

- Reverte es el héroe que, como no podía ser menos, cierra su vida con un final de novela. Sin tiempo para disfrutar de las mieles de su amor conyugal, muere prematuramente, sin dejar ni siquiera un hijo que le herede y perpetúe la fama y la gloria de su apellido, de su nombre. Tallo de romero cortado en plena sazón, que no llega a fructificar. Sólo queda el aroma de su flor en el recuerdo.

Se ha forjado así definitivamente la leyenda, el mito, el héroe.

"Reverte, el último torero de leyenda", ese es el título que Ramón ha querido darle a su libro, concebido como una secuencia cronológica por capítulos, que abarcan desde el nacimiento a la muerte.

Sin hacer innovaciones, ni lanzar hipótesis al aire, Ramón no se erige en juez que juzga el bien y el mal, que perdona o condena. El se basa en las fuentes escritas y por ellas se rige, con objetividad. Recoge meticulosamente la documentación, selecciona, ordena y distribuye por capítulos.

Ese es su arte: el respeto y fidelidad a las fuentes y el saber encajar las piezas unas con otras. Su pluma es el hilo que hilvana o el soplete que suelda, completa y da forma. El libro se articula en capítulos y cada capítulo es un núcleo completo en los que Ramón va desgranando los datos históricos, cotejando las fuentes, sin encubrir ni

omitir nada. Y es precisamente esa veracidad del dato lo que hace que se comprenda mejor al personaje objeto del libro y da más crédito al autor, que es la mejor moneda que se le puede tributar a un escritor: el crédito intelectual.

Se ha dicho que la puntualidad es la cortesía de los reyes. Del mismo modo que la claridad es la cortesía de los escritores. Pues bien, en Ramón se cumple esta ley en grado sumo.

En todos los capítulos del libro derrocha tal claridad expositiva que el lector va quedando atrapado en su lectura y va participando como el autor en la progresiva profundización de los sentimientos que inspiraba Reverte.

El libro tiene tirón y engancha al lector. La pasión de este va en aumento a medida que lee, y se precipita en los capítulos finales, a medida que se aproxima la muerte.

En efecto, así ocurre con:

- El vaticinio de Paola del Monte en su lecho de muerte, con sus palabras premonitorias.

- El desastre de Bayona, que marca el ocaso del héroe.

- El canto de cisne de su temporada en México.

- El fin de Reverte en el sanatorio de Madrid, sin nadie a su lado a la hora de entregar el alma, más que un mozo de espadas. Aquel héroe, que había vivido siempre en olor de multitudes, dejando su vida en las frías paredes de una habitación hospitalaria.

- El traslado del cadáver de Madrid a Alcalá del Río, el duelo en las calles. Sus honras fúnebres y su sepultura.

Son páginas que necesariamente llegan a emocionar al lector, por muy recio que este sea, máxime siendo de Alcalá del Río, llegando en muchos momentos de la lectura del libro a identificarse con el heróico diestro.

Pero, curiosamente, por esas paradojas que tiene el destino, tanto en el personaje, como en el autor, se va produciendo a lo largo de la obra una marcha ascendente hacia el desenlace final. Así es:

- El libro acaba cuando el héroe muere.

- El autor muere cuando el libro acaba.

Dos vidas truncadas en pleno ejercicio de sus facultades. Pero no es mi deseo ahondar en una herida tan reciente, aún no cicatrizada. No. Mi presencia aquí sólo tiene un objetivo: Dar las gracias. Y darlas por partida triple.

Sería muy torpe por mi parte atribuirme el protagonismo de la dedicatoria del libro, pues Ramón, hombre generoso en todo, decidió dedicar el libro a tres personas:

- En primer lugar a nuestro querido y recordado Rafael Romero López, gran aficionado a la tauromaquia y colaborador de ABC con sus artículos taurinos, al cual debemos en gran parte la realización del monumento al torero que hoy conmemoramos, idea que preconizaba desde sus programas de radio de la emisora local.

- En segundo lugar, Ramón dedica el libro a la familia Reverte (apellido, desafortunadamente, hoy ya desaparecido de Alcalá del Río) y en especial a mi padre, Manolo Revertito.

- Y en tercer lugar a mi modesta persona, cosa que me honra sobremanera y me llena de orgullo.

Quiero, pues, con palabras más sinceras y sentidas que protocolarias, dar las gracias a Ramón en su memoria:

- En primer lugar en nombre de Dolores Girón, viuda de Rafael Romero, quien así me ha autorizado para hacerlo.

- En segundo lugar, en nombre de la familia Reverte a la que por línea genealógica pertenezco, y en especial en nombre de mi padre.

- Y, finalmente, en mi nombre propio, por la deferencia que quiso tener conmigo el bueno de Ramón.

Y es que Ramón era un hombre ejemplar en todo:

Esposo y padre entrañable, singular alcalareño, amigo sincero. Fue modesto hasta para marcharse, pues como todos sabemos, Ramón se fue con el sigilo y la mansedumbre con que se marchan de los aleros del campanario las últimas aves de la tarde, cuando el sol cae.

Que Dios guarde su alma.

Nosotros bendeciremos su memoria siempre.

Tras la intervención de Gregorio tomó la palabra **D. Francisco Sosa Martín**, Director Gerente de Ediciones Giralda, S.L.

Esta intervención no fue leída sino realizada de forma improvisada y directa, por lo que no quedó constancia de lo dicho. El Sr. Sosa hizo un símil taurino entre las dificultades con las que se había logrado la obra y las que presenta un toro de difícil lidia, terminando felicitando a "la cuadrilla" que había colaborado en la obra y a todo Alcalá del Río. Al terminar fue largamente aplaudido.

Finalmente, como primera autoridad municipal y representante en el Acto del Excmo. Ayuntamiento de Alcalá del Río, patrocinador del mismo, tomó la palabra el Sr. Alcalde **D. Juan Carlos Velasco Quiles**, quien dijo,

entre otras cosas:

...Hoy nos reunimos aquí, en este acto para homenajear a dos personas, la una, conocida por todos, la otra, la podemos conocer hoy gracias a la primera. Un acto triplemente emotivo.

Emotivo porque la presentación de un libro culmina un proceso de creación, poniendo en nuestras manos un instrumento, insustituible, capaz de derribar miedos e ignorancia, haciéndonos con ello más libres, más humanos.

Emotivo porque ese libro evoca la figura de un alcalareño de pro, ANTONIO REVERTE, que llevó el nombre de nuestro pueblo allende las fronteras.

Emotivo porque ese libro lo ha escrito otro alcalareño de pro: Don Ramón Ricardo Alvarez Velázquez, Ramón Viñito, entendía a este pueblo, participaba en él y con él, era pueblo y nos hacía pueblo.

Nos hace pueblo porque a través de sus escritos y sus palabras, alimentaba nuestra cultura: al entresacar anécdotas, relatar sucesos, contar historias, cantar sentimientos, iba forjando una forma de ser y estar, de entender y actuar, que nos definía.

Y de ello, Ramón nos ha dejado una gran labor: en sus pregones, en sus escritos, colaborando siempre en cuantas publicaciones se le solicitara. Y finalmente, dejando esta obra, este libro, para la posteridad, sacando a esta figura, REVERTE, del pasado más o menos nebuloso, para fijarlo impreso en nuestra vida, RAMON contribuye, construye cultura alcalareña.

Porque la cultura de un pueblo no se basa en datos, fríos y escuetos, sino en historias. Y dentro de estas historias, las que se refieren a personajes, ocupan un lugar preeminente. Porque es más fácil reconocer a una persona, definirla, contar su vida, que explicar y entender ideas abstractas. Porque necesitamos referentes que nos aclaran y demuestran lo que es actuar de una forma u otra.

Tras la intervención del Alcalde, este cedió la palabra a Fernando Alvarez Ojeda, hijo primogénito de Ramón Alvarez Velázquez, para que fuera él mismo quien clausurara este acto de homenaje a su padre.

Profundamente emocionado, con sencillas pero sentidas palabras, se dirigió al público en estos términos:

Buenas noches, señoras y señores:

Desde la emoción que siento en este momento, quiero expresar en nombre de mi familia y en el mío propio nuestro más sincero agradecimiento y gratitud hacia tantos amigos de mi padre que han hecho posible este acto.

Les puedo asegurar que desde pequeño mi padre me inculcó un profundo amor hacia su pueblo y hacia sus gentes; fruto de ese afecto que él llevaba siempre en su corazón, fue posible la realización de este libro sobre un alcalareño ilustre: Antonio Reverte.

Este homenaje ha sido posible por ustedes, amigos de mi padre, que no han escatimado esfuerzos para que este libro póstumo vea la luz en un tiempo tan breve, apenas dos meses y medio, desde que nos dejó.

Estoy seguro que mi padre estará orgulloso de todos ustedes: de D. José Benjamín Domínguez, coordinador de la obra. Ahora se hacen realidad las palabras de despedida de aquella carta que le dirigió estando ya muy enfermo: "Cuando estas líneas lleguen a tus manos, andaré yo con mi amigo Rafael Romero y quién sabe si con el propio Reverte hablando de Curro".

De D. Gregorio García-Baquero, de D. Ignacio Montaño, De. Juan Pablo Pérez Romero, D. Urbano Velasco y D. Antonio García-Baquero. Quiero expresar también mi agradecimiento a D. Francisco Javier Sosa Martín, editor-gerente de Ediciones Giralda por el interés y prontitud en la edición del libro.

Nuestro agradecimiento al Ilmo. Sr. D. Juan Carlos Velasco Quiles, Alcalde del Excmo. Ayuntamiento de Alcalá del Río por su generosa colaboración en la excelente organización de este acto.

Finalmente nuestra más profunda gratitud a todo el pueblo de Alcalá por el cariño y apoyo con que nos ha ayudado en momentos tan duros. Mi padre desde el cielo estará orgulloso de su querida Alcalá.

Muchas gracias.

Tras esta intervención, calurosamente aplaudida, como todas las demás, se dio por cerrado el acto.

A continuación, se ofreció a los asistentes una copa de vino y se procedió a la venta del libro. Se vendieron más de doscientos ejemplares aquella misma noche y fue unánime el comentario de elogio y satisfacción de cuantos lo fueron teniendo en sus manos.

DOS ALCALAREÑOS SEPARADOS POR UN SIGLO Y UNIDOS POR SU AMOR A SU TIERRA

ANTONIO REVERTE

Durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, justo los doce años durante los que Reverte fue matador de toros en activo, Alcalá del Río era un pequeño pueblo de unos tres mil habitantes que, a pesar de su relativa proximidad a Sevilla, su eminente carácter agrícola y las dificultades de las comunicaciones y medios de transporte, lo sumían en un virtual aislamiento y lejanía más provocados por el apego a la tierra propia y la escasez de medios económicos que por la distancia real a la capital.

Hasta entonces, los últimos siglos transcurridos apenas habían dejado huella en la vida cotidiana de sus vecinos. Como en el siglo XVII, se seguía cocinando con leña o carbón, no había luz eléctrica, ni agua corriente ni alcantarillados. La vivienda, de gruesos muros de tierra y suelo empedrado o terrizo, se componía del clásico portal de la calle, la alcoba del matrimonio, el portal-comedor, el cuarto de los niños -las más de las veces interior- y el patinillo al fondo del cual estaba la cocina y el "excusado". Los más pudientes, siempre medianos propietarios, contaban además de unas cuadras para las bestias, un pajar y un pequeño corral que algunas veces solía tener salida independiente a otra calle por un postigo. Otras, la propia vivienda servía de vía de salida para los mulos, cerdos y cabras que pernoctaban en los reducidos corrales.

Las ventanas eran escasas y reducidas y no siempre había un segundo piso. Cuando éste existía, el "soberado", los zarzos eran indefectiblemente de madera y el tejado de cañas o tablas atravesadas sobre maderos, sobre las que descansaban las tejas.

La vida transcurría lenta y sin sobresaltos. El arduo trabajo del arado, de la siega a mano o de la trilla al trote de los mulos sólo dejaba paso a ratos de tertulia en las tabernas o en las frecuentes visitas domiciliarias de los vecinos. La estricta moralidad social, permitía a las mocitas aparecer en público sólo con motivo de las procesiones de Semana Santa y pocas ocasiones más. A veces, la llegada de los portugueses para la siega o un ahogado en el río se convertía en la gran novedad, de la que el pueblo tenía nuevo motivo de conversación para varios días.

Esta monótona o tranquila vida -según se mire- sólo se alteraba dos veces al año. Una en Semana Santa, donde el acontecimiento excepcional y extraordinario, además de la participación en las procesiones, era escuchar los sermones de un predicador o las interpretaciones de una música de capilla que se traían desde Sevilla. La segunda ocasión era en septiembre con la fiesta del Patrón San Gregorio, en la que las corridas de toros, la novena del Santo y la procesión ponían el contrapunto extraordinario a una vida marcada por el trabajo agrícola cotidiano desde la salida hasta la puesta del sol.

Este era el Alcalá del Río que Reverte y sus contemporáneos vivían cuando los efectos de la fama comenzaron a correr por sus calles como corrían los chorreros en los días de aguaceros.

Reverte -acompañado de su cuadrilla, mayoritariamente formada por alcalareños-, era recibido por los Reyes, se hospedaba en hoteles de lujo, cruzaba el océano en enormes barcos, visitaba países exóticos o con idiomas extraños, aparecía pintado o fotografiado en revistas y periódicos, era cantado por todas las coplas populares y manejaba los billetes de banco como sus paisanos manejaban la paja con el bieldo o la horca... ¿Se imaginan el impacto que esta etapa debió producir en Alcalá del Río?. Además, Reverte no fue de esos hombres que, cuando se hacen ricos, se van de su pueblo y ya nunca más vuelven. Muy al contrario, seguía residiendo aquí, donde se hizo su casa, y se introdujo más que nunca en su vida social.

Pero frente a un pueblo aislado y habitado sólo por personas poco instruidas y muchas casi analfabetas, donde rara era la casa en la que se podía encontrar un libro, todo se comprende mejor si analizamos el mundo exterior en el que Reverte se movía. El año 1900, el de las grandes fiestas palaciegas de estreno de siglo, fue también el año de la Gran Exposición Universal de París, donde se expusieron los artilugios más sorprendentes y mágicos que el hombre podía imaginar, pues no en vano estaban transcurriendo los años de los grandes inventos científicos. La electricidad, la óptica, la mecánica y todas las demás especialidades científicas irrumpieron en el mundo con sus grandes avances e inventos: el cinematógrafo, la fotografía, los motores, la bicicleta, el teléfono, el gramófono, la aviación y mil maravillas más, que estuvieron al alcance privilegiado de Reverte, amigo personal de los más afamados cien-

tíficos e inventores, como demuestran las cartas que aún se conservan y que recibió de los hermanos Loumière, inventores del cine.

Aunque su infancia transcurrió en el Cortijo de Pedro Espiga, por su forma de escribir y firmar se nota que tuvo una buena instrucción escolar. Reverte, dentro de las limitaciones que podemos imaginar, debió ser una persona interesada por la cultura. Esto, unido a su privilegiada posición, desarrolló todo su interés por los inventos, de los cuales fueron, entre sorpresa y sorpresa, copartícipes sus asustados paisanos, que no terminaban de comprender cómo un carro podía correr sin mulas o que por un alambre pudiera correr la voz humana. Además del primer automóvil y el teléfono, con Reverte llegó a Alcalá un globo aerostático y el gramófono, que según tenemos entendido, el que trajo Reverte, con su voz grabada, lo ha conservado hasta hace poco tiempo una familia alcalareña. De su afición por la bicicleta y por la fotografía aún nos quedan testimonios gráficos.

Otra faceta del torero fue su prodigalidad. Aún se recuerda que, cuando llegaban los días de lluvia y no había trabajo en el campo, el torero se ponía en el portal de su casa con una espuerta de panes para repartirlos entre los que acudían por necesidad. Pero sin duda, lo que más ha trascendido de su abierta generosidad fue la que tuvo con las cofradías alcalareñas. No sólo con la de la Vera Cruz, de la que era Hermano Mayor, sino incluso con la de la Soledad, aunque no era hermano. Bastaba que lo fuera su esposa y que él mismo fuera alcalareño para que no hiciera distinciones en su generosidad. Esto explica cómo, en el día de su funeral, todas las hermandades pusieran sus enseres a su disposición para exornar el fastuoso túmulo que se le dedicó.

Una de las originalidades de Reverte: con su cuadrilla, vestidos de moros, en una visita a la Alhambra

No sólo de su faceta como cofrade, sino de su talante personal y algunas de sus genialidades alcalareñas ya se han publicado en boletines, libros y entrevistas locales, como el acta de la inauguración del teléfono en Alcalá del Río, y que por no repetirnos no vamos a traer aquí ahora.

Pero en la vida de Reverte existen aún puntos oscuros, rodeados de misterio o de inexplicables coincidencias. Se sabe que, por aquellos años, estaba muy de moda una cierta creencia pseudocientífica que atribuía ciertos poderes mágicos a determinadas piedras y metales preciosos. De ahí el tesoro que Reverte tenía en joyas y lo aficionado que era a los objetos preciosos. ¿Amuletos?, ¿fetichismos?, ¿supersticiones?. Quizás sólo una manía o unos caprichos.

Aún siendo un becerrista, se le atribuye aquella profecía dicha a su padre de... "algún día este cortijo será nuestro". Paola del Monte vaticina en su lecho de muerte en su lecho de muerte que Reverte le seguirá muy pronto. En la tarde de su presentación en la Maestranza de Sevilla es menospreciado por quien luego había de recibir de sus manos la alternativa y son toros de la misma ganadería los que torea la primera vez y última. Reverte, ante una plaza enfurecida por lo deficiente de la lidia y de los toros, es capaz de salir del burladero diciendo: ahora la voy a formar... ¡y formarla!, causando el delirio en las gradas. ¡La famosa "porra del vinagre"!.

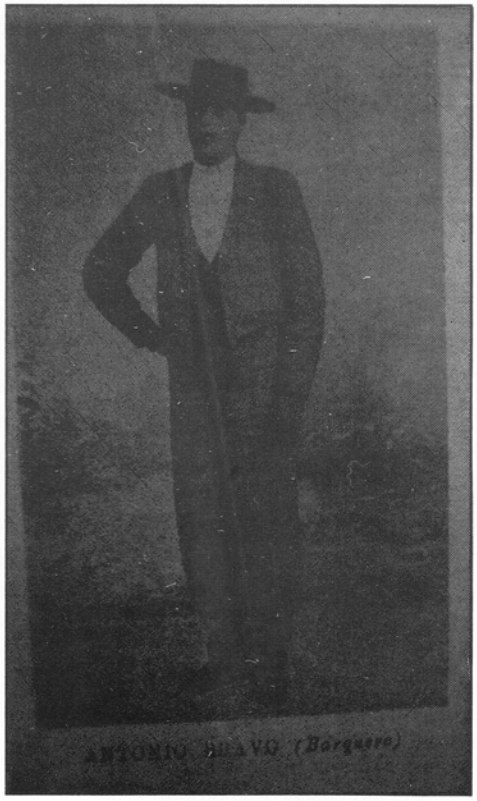
Y no sólo esto. El color de sus ternos y las cogidas parecen que coincidían muchas veces y la salvación de su pierna, después de la cogida de Bayona, es aún un misterio para la medicina.

Entre los alcalareños más viejos aún se comenta que, el día de su boda, una alcalareña disconforme con la elección de la esposa, le cantó por la ventana un fandango que decía:

Por la manita de Dió / tiés que ser castigao,
que a una mujé no se olvía, / como tú las olvidao,
queriéndola de toa la vía.

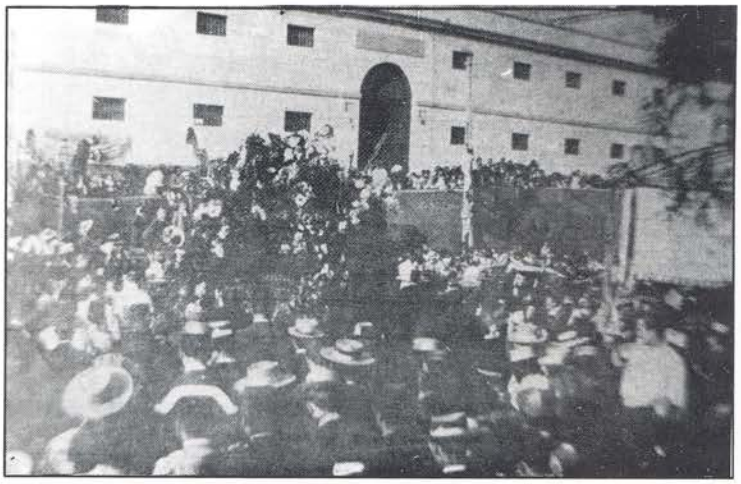
Parrao

José Bayard (Badila)

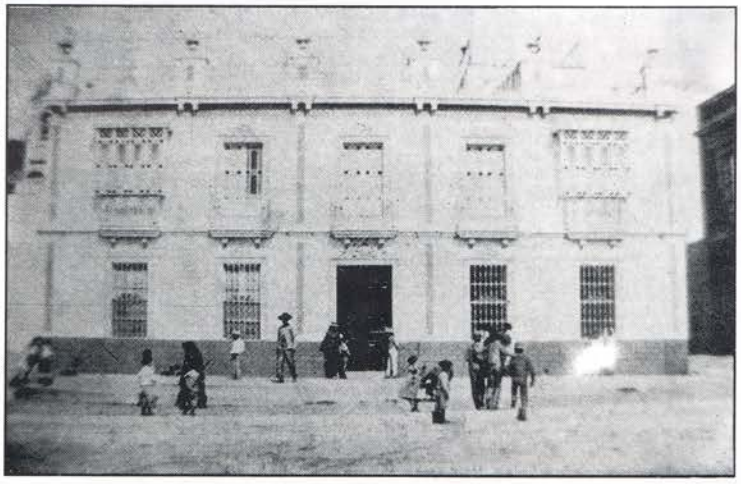


Antonio Bravo (Barquero)

Manuel Martínez (Agujetas)



Paso del coche fúnebre de Reverte entre las calles Alfonso XII y Torneo (Sevilla)



Vista de la casa de Reverte durante su velatorio

¿Estaba esta anónima cantaora vaticinando su cogida de Bayona o su prematura muerte?. Pero... ¿es que acaso se puede decir que Reverte fue castigado?, ¿no fue más bien un afortunado?. Según otra lectura, Reverte era un hombre de una gran fe y confianza en la protección de la Virgen María. Por este otro sentido, se comprende mejor esa valentía suicida y su generosidad regalando palios bordados y mantos a las imágenes.

Después de una vida de popularidad, riqueza y fama, quizás el no llegar a verse retirado de los toros y olvidado del público, gracias a su prematura muerte, pudo ser un favor más de los muchos que recibió.

Pero, en todo caso, esto es materia de otro análisis.

RAMON ALVAREZ VELAZQUEZ

Ramón es una de esas personas que, sin pretenderlo en ningún momento ni pasársele siquiera por la imaginación, parece que nacen y viven para la eternidad. Todo lo que idean, emprenden y lo que hacen lleva un denominador común, que es abrir caminos nuevos, afianzar las tradiciones, crear nuevas situaciones, marcar nuevos horizontes... en suma, toda su vida no es más que un reguero de ejemplos para que luego la sociedad encuentre el camino marcado y lo siga hacia un futuro mejor para todos. Por eso a nadie puede extrañar la gran admiración que Reverte despertó en Ramón. Eran tal para cual.

Pero aclaremos que con la similitud entre ambos no queremos indicar que la personalidad de uno fuera un calco de la del otro. No, no es eso. Ni Ramón hubiese sido nunca un novillero tremendista ni un mujeriego, como se dijo de la fama que Reverte tuvo.

Reverte fue un revolucionario que pensó más en la posteridad y en los demás que en sí mismo, y esto es precisamente lo que les iguala. Ramón Alvarez, en su tiempo y con los medios a su alcance ha aportado al futuro de Alcalá del Río, de forma desinteresada, tanto como Reverte pudo aportar en su época.

Su nombre completo fue Ramón Ricardo Alvarez Velázquez, hijo de Ricardo y de Dolores. Nació un 9 de noviembre de 1946 digamos entre Alcalá del Río y Sevilla, por lo que él siempre presumió de su doble condición de alcalareño y sevillano, sin menospreciar una sobre la otra. Su padre, un prestigioso médico santanderino, conoció a su madre, Lola, en la Facultad de Medicina de Sevilla, donde estudiaba para matrona. Nacido de matrimonio tan vinculado a la medicina, es lógico entrever cual iba a ser el futuro de Ramón, aunque esta vocación la descubriría a lo largo de su juventud, después de haber querido ser torero en su infancia.

Pero aquel matrimonio entre montañez y andaluza se disgregó pronto, cuando Ramón aún era un niño, lo que hizo que el pequeño se criara muy vinculado a sus abuelos

maternos y en la calle Antonio Reverte de su pueblo. Los cuidados de su abuela Rocío y la admiración que siempre tuvo por su abuelo José, militar retirado y exalcalde de Alcalá del Río, famoso por la rectitud y energía de su mandato al frente del Ayuntamiento, hicieron que Ramón nunca se sintiera falto de calor de un verdadero hogar. Además, él nunca perdió el contacto con su padre, con el que se veía periódicamente. Precisamente del apodo por el que era conocido su abuelo José, "El Viñito" -quizás por alguna antigua viña- es por lo que Ramón, entre los amigos, era Ramón el del Viño.

Su infancia transcurrió como la de cualquier otro niño alcalareña: Jugando en la plaza y asistiendo a la escuela de Don José "El Viejo". Más tarde, ingresaría en el Colegio de los Padres Escolapios de Sevilla, donde culminó la enseñanza primaria y el ingreso en bachillerato.

El bachillerato elemental lo estudió como alumno libre en la Academia Clavero-Valdivieso de su pueblo, regentada por un madrileño que por azar vino a Alcalá del Río traído por la providencia y que realizó una gran labor. Don Antonio Clavero Bermejo, conocido como "El Profesor", tuvo un trágico final debido a un accidente de circulación, después de la desgracia, más de una vez recibió la agradecida visita de Ramón.

La segunda etapa de bachiller la cursó en la Academia Orad de Sevilla y, tras su examen de Preuniversitario, ingresó en la Facultad de Medicina, donde se licenciaría en 1976 como médico y, más tarde, alcanzaría el título de especialista en pulmón y corazón.

Cumplió sus deberes de servicio militar en la Marina Española, en Cartagena y en San Fernando, donde alguna vez se le pasó por la cabeza meterse en la banda de música, dada su gran afición por este arte. ¿Y a qué cosa noble no era aficionado?.

En septiembre de 1976 contrajo matrimonio con María del Carmen Ojeda Velázquez, también alcalareña, del que nacieron sus dos hijos, Fernando y José Antonio. Primeramente fijó su domicilio familiar en la Avda. Luis Montoto de Sevilla y luego en una casa en el barrio de Nervión, en la calle Beatriz de Suavia, lugar donde residía habitualmente cuando la muerte le sorprendió, aunque como segunda vivienda también disfrutaba de su piso en la Calle Mesones de su querido pueblo. Y fue precisamente en la calle Mesones de Alcalá del Río, en los últimos días de su enfermedad, de donde partió un último viernes de mes, el 29 de septiembre de 1995, hacia nuevos y luminosos caminos que el destino sólo reserva a quienes mueren con el ejemplo de su vida entre las manos, una vida de hombre de bien y llena de generosidad para con los demás.

Pero Ramón no fue sólo un gran alcalareño y un buen escritor. También fue un gran cardiólogo, ambulatoria en Camas, Burguillos y Sevilla, tras lo cual y un período en la Delegación Provincial de Sanidad, ejerció con gran prestigio en los hospitales de Valme y del Tomillar, además de tener su consulta privada y ser el médico del Real Betis Balompié, su equipo.

No obstante, dada la temática de este cuaderno, nos debemos ceñir a su condición de alcalareño. Prescindiendo ahora del motivo de su libro sobre Reverte, intentemos reconocer sus méritos haciendo una síntesis de lo que Ramón ha aportado a su época.

Cuando en el año 1965 los jóvenes cofrades de Alcalá del Río se "sublevaron" contra el inmovilismo y la autocracia de los dirigentes de entonces y fundaron la cofradía del Buen Fin, Ramón fue uno de ellos y, además, el primer capataz alcalareño que dirigió una cuadrilla de costaleros. Nadie hoy puede discutir los positivos efectos que, para el futuro de las cofradías alcalareñas y la depuración de las tradiciones, tuvo aquel gesto de pasajera y controlada "rebeldía". Por entonces se dio el caso curioso de que Ramón llevas un año de promesa al Cristo de la Vera-Cruz, por lo que ha sido el único alcalareño que ha vestido las cuatro túnicas nazarenas de Alcalá del Río.

Cuando las fiestas de San Gregorio comenzaron a tomar unos nuevos aires y se comenzaron a montar casetas, en una de las pioneras, la de Los Estudiantes, uno de sus componentes era Ramón Alvarez. Al mismo tiempo, cuando Manolo Revertito quiso revitalizar aquellos famosos y disparatados "toros del aguardiente", ¿quién aparecía en los carteles como "camillero" o como "facultativo médico" de la plaza sino un estudiante de primero de medicina llamado Ramón Alvarez?.

Cuando se pensó que los niños alcalareños deberían tener la ilusión de ver cada noche del 5 de enero una cabalgata de Reyes Magos, ahí está Ramón como uno de los primeros reyes Baltasar, cargo siempre designado por el Ayuntamiento para los personajes más populares y conocidos del pueblo.

Cuando se crea en 1984 la Fundación Marcos García Merchante, con la loable misión de asesorar y ayudar al Ayuntamiento en las áreas culturales y en sus publicaciones, Ramón es al comienzo el Consejero responsable de Costumbres Populares y luego, hasta su muerte, el Vicepresidente Ejecutivo. De su labor en este organismo es suficiente releer sus muchos y exquisitos artículos y colaboraciones en las revistas publicadas para que no quede ninguna duda.

Cuando se decide instaurar el Pregón de las Fiestas de San Gregorio, Ramón se encarga de buscar al primer pregonero que levante el telón y, seguidamente, al siguiente año, se

Perfil a contraluz del Cristo del Buen Fin. Fotografía realizada por Ramón Alvarez

convierte en el primer pregonero alcalareño de las fiestas. Año 1986.

Con respecto al Pregón de la Soledad, en Semana Santa, sucede lo mismo. Tras un primer pregonero de fuera, acto seguido Ramón es el primer pregonero alcalareño y soleano que da el pregón de su hermandad. Año 1984. Y fue tanto su éxito y la afloración de sentimientos que despertó entre sus cofrades, que luego, en 1994, fue requerido para que repitiese. Además, aquel otro año que la hermandad decidió que el Sermón del Descendimiento no lo dijese un predicador sino un orador seglar, este primer encargo lo recibe Ramón Alvarez.

Cuando durante más de diez años se celebró la Noche Flamenca y luego, durante otros pocos años más, el Octubre Cultural de Alcalá del Río, ¿quién se imaginan ustedes que era uno de los que había detrás de todo esto?.

¿Acaso Ramón no tuvo nada que ver con la creación de la Peña Bética alcalareña?, ¿ni con las primeras fiestas de Nochevieja?, ¿ni con la revitalización de la Peña de Labradores y Propietarios?, ¿ni con la Peña Flamenca?, ¿ni con la Peña de Cazadores?, ¿ni con la emisora de radio?.

Su laboratorio fotográfico muchas veces aportó la fotografía necesaria para unas estampas o un recordatorio. Su máquina de escribir y luego su ordenador emplearon miles de horas y gastaron cientos de hojas de papel en hacer disfrutar a sus paisanos. Su coche particular se gastó varias veces haciendo el camino Alcalá-Sevilla y Sevilla-Alcalá sólo para estar aquí cuando creía que debía estar. Aunque no viajaba mucho, toda una semana la gastó en Madrid, a su costa, como siempre, buscando datos para su libro de Reverte.

Y si estas líneas las está leyendo alguien que no le conoció, es posible que se esté preguntando: ...Bueno, ¿y él que ganaba con todo esto?. Pues las cuentas no pueden estar más claras. Todos los costes los ponía él de su bolsillo y, en cuanto a sacar, no sacó nunca ni la milésima parte de un céntimo. Si acaso, con todo esto no ganó nada más que amigos, y hasta esto le resultaba antieconómico, porque luego estos amigos iban a su consulta de médico y, por ser amigos, no les cobraba.

Así pasó por su corta vida Ramón Alvarez Velázquez: trabajando desinteresadamente por su pueblo, tratando de hacer mejores a sus gentes, marcando nuevos caminos de futuro y siendo un ejemplo para las nuevas generaciones.

En difíciles circunstancias, Ramón fue terminando su libro y, a pesar de conocer, como médico, todo lo que le esperaba, jamás se le apreció por quienes lo visitábamos con frecuencia el más mínimo atisbo de miedo a lo que habría de venir. Todo lo contrario. Hasta se despedía con bromas y buen humor. Sólo dos temores le llegaron a preocupar: las molestias que le estaba causando a su mujer y lo pronto que sus dos hijos iban a quedar sin padre.

Fuera de estos temores, tan humanos y tan lógicos, Ramón se fue de entre nosotros como el que está convencido que va a entrar en la gloria de Dios -que es la eternidad- y en la gloria de los hombres, que es la inmortalidad. La convicción de lo primero le venía de su profunda fe y devoción. De lo segundo, porque ya había tenido en sus manos su libro y sabía que Alcalá tendría que reconocer algún día algo que era -según sus propias palabras- su íntima satisfacción: *nuestra buena fe de hacer algo por nuestra Alcalá no nos la quita nadie.*

RAMON RICARDO ALVAREZ VELAZQUEZ (†)

Ramón Ricardo Alvarez Velázquez nació el 9 de noviembre de 1946 en Alcalá del Río (Sevilla), aunque en su D.N.I. figurara en Sevilla -anécdota ésta que le sirvió para más de una broma-.

Tras sus primeros estudios entre el colegio Calasancio de Sevilla y los centros de Alcalá del Río en su infancia, más tarde cursaría la carrera de Medicina en la Universidad de Sevilla, donde se graduó con el título de:

"Médico especialista en Cardiología"

Por su profesión, fue sin duda un gran conocedor del corazón humano en cuanto a su estructura y funcionamiento, como víscera vital del cuerpo... Pero muy por encima de ello, Ramón Alvarez era un gran conocedor del corazón por sus sentimientos, sus emociones y como motor impulsor de las más loables y nobles hazañas y realizaciones.

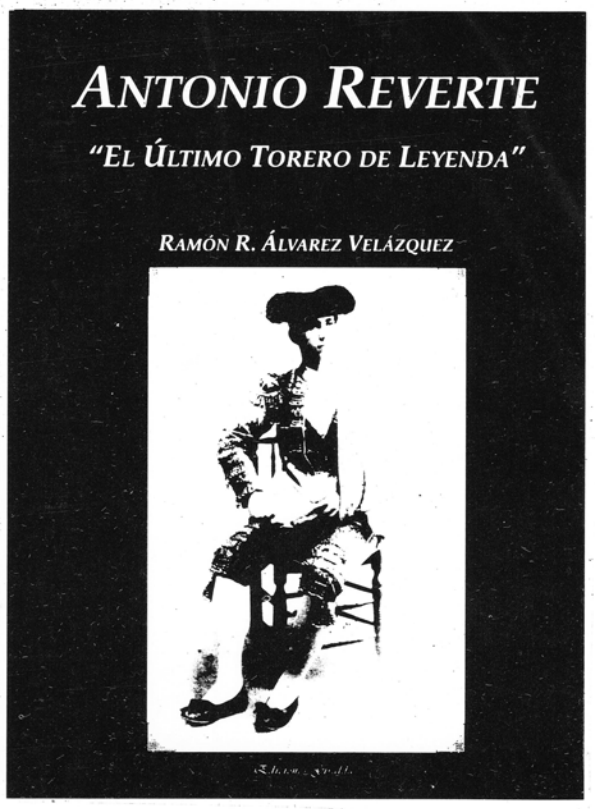
Siendo uno de los fundadores en 1986 de la "Acción Cultural Marcos García Merchante", institución local dedicada a la elogiable finalidad de investigar, conservar y difundir los valores históricos, artísticos y costumbristas de la villa de Alcalá del Río, como era de esperar, esta obra encontró en Ramón Alvarez, desde sus inicios, uno de sus más activos y destacados colaboradores. Primeramente asumió la responsabilidad de ser el Consejero responsable de Tradiciones y Costumbres Populares y finalmente, hasta su fallecimiento, ocupó el cargo del Vicepresidente Ejecutivo.

Persona de palabra y pluma ágil, sencilla y sentida, nos dejó buena muestra de sus habilidades en los pregones que pronunció, ante todo, su Pregón de la Soledad que por dos ocasiones, pronunciara también en Alcalá del Río en las vísperas de Semana Santa durante los años 1984 y 1994.

Respecto a trabajos impresos, las revistas editadas por la Acción Cultural Marcos García Merchante están llenas de sus interesantes y sentidas colaboraciones.

Pero su gran obra, fruto de doce años de trabajo e investigación, la constituye el libro que tiene en sus manos, cuya calidad y mérito dejamos a juicio del lector.

Su temprana muerte, con sólo 48 años y comenzando su época más fecunda, nos ha privado de disfrutar de más trabajos de este ilustre alcalareño, a quien su pueblo se ha apresurado a rotular una plaza con su nombre, en justa y reconocida gratitud.



ACCION CULTURAL MARCOS GARCIA MERCHANTE
Exmo. Ayuntamiento de Alcalá del Río
Delegación de Cultura